

sin embargo escuchan con verdadero gusto aquellos mandatos matados, y salen entusiasmados á encargarse de la ejecución de la matanza.

Antes de que anocheciera los soldados reaccionarios caen sobre los heridos penetrando hasta los lechos que les había preparado la caridad, y cuando llegó la noche comenzó á cumplirse la carnicería en los jefes y en los estudiantes. En el jardín del Arzobispado sucumbió la primera víctima. Esta fué el General D. *Marcial Lazcano*.

Antiguo militar muy exigente en la disciplina y subordinación del soldado, y lleno de un valor severo y tranquilo á la vez que de un gran entusiasmo por las ideas que profesaba y defendía, al ser conducido al suplicio fué insultado por individuos que habían sido subalternos suyos y á quienes alguna vez había corregido por faltas en el servicio. Cuando recibió esos insultos, contestó con toda entereza:

—¡Es bajo y cobarde el insultar á un muerto!

Se resistía á ser fusilado por detrás con el estigma de traidor; pero insistiendo sus verdugos exclamó:

—No soy traidor; siento la muerte solo por mis deudos; cúmplase por lo demás mi destino. . . . . Y cayó atravesado por las balas.

A poco eran fusilados los coroneles *José M. Arteaga* y *Genaro Villagran* que era escribano. El primero había sufrido muchas y largas prisiones por sus ideas liberales, y se había distinguido en la guerra que sostuvo México contra los norte-americanos en 1846 y 47. El segundo vivía de su profesión y después ingresó á la Guardia Nacional siendo siempre fiel á su bandera.

Con ellos fueron fusilados el capitán Don *José López* y el teniente Don *Ignacio Sierra* muriendo todos con verdadero valor y diciendo á sus verdugos que no temblaran al hacer fuego. ¡Fueron ejecutados por la espalda!

## III

Mientras tanto, los médicos y practicantes que oían los tiros de estas bárbaras ejecuciones y que conocieron lo que pasaba, siguieron sin embargo cuidando á los enfermos, practicando amputaciones y haciendo vendajes. A uno de ellos, Don Manuel Sanchez, le dijeron que huyera; pero este hombre filántropo señalando al enfermo á quien en esos momentos iba á operar, dijo:

—No puedo abandonarlo; sería inhumano! Llega en esto la soldadecza hasta las camas de los heridos. Arranca de las cabececeras de los pacientes á los médicos y á los estudiantes, y un momento después caen acribidos á balazos D. *Ildefonso Portugal*, D.

*Gabriel Rivero*, D. *Manuel Sánchez*, D. *Juan Duval*, (súbdito inglés) y D. *Alberto Abar*.

Era el primero un joven perteneciente á una de las familias más distinguidas de Morelia; muy dedicado y estudioso, había sobresalido en las aulas y por lo mismo fué siempre estimado de sus compañeros y profesores. Había en este joven la circunstancia especial de que era primo hermano de D. Severo del Castillo titulado Ministro de la Guerra de Miramón, y pariente del célebre Obispo de Michoacán del mismo apellido. Nada bastó sin embargo para salvarle la vida ni para arrebatarlo de las terribles garras de sus asesinos.

El Sr. *Rivero* ejercía las funciones de jefe del cuerpo médico del ejército liberal. Llevado de su filantropía y de sus sentimientos humanitarios, no quiso salir con el ejército desatendiendo así y dejando expuestos á perecer á los heridos. Tal celo de abnegación, de verdadera caridad, fué premiado con arrancarle la existencia y pagó este héroe con su vida su admirable altruismo.

Ya hemos visto lo que pesó con el Sr. *Sánchez*. Advertido del peligro que corría, lo afrontó se eno y resignado, sin vacilación ninguna, sin temor á sus crueles verdugos, incapaces de apreciar ni de estimar los servicios de hombres tan grandes cuanto pequeños fueron los asesinos.

El Sr. *Duval* jamás se había filiado en ninguno de los bandos políticos de México; ejercía simplemente su profesión de médico cirujano y siempre que podía ejercía igualmente la caridad, haciendo de la medicina un verdadero apostolado, cualidad que asimismo poseyó en alto grado el Sr. D. *Alberto Abar*. ¡Y estos hombres fueron tan infame y cruelmente ejecutados! ¡Cuán pequeños de alma resultan sus verdugos!

## IV

Llegamos ya á los demás estudiantes, uno de los cuales ha sido y es una aventajada figura literaria en las letras patrias. Estos fueron: D. *Juan Díaz Covarrubias* y D. *José Marta Sánchez*. El primero tenía cuando fué sacrificado, diez y nueve años de edad, y ya se había distinguido como estudiante, poeta y novelista; pertenecía á una familia de Jalapa, siendo hijo del célebre poeta veracruzano Díaz, y hermano de los hombres de ciencia Francisco y José Díaz Covarrubias. Fué también periodista, y en su honor, hace varios años, se estableció en esta capital una sociedad literaria que llevaba su nombre.

Era el aspecto de Juan Díaz Covarrubias verdaderamente simpático, viéndose en su frente las huellas de la meditación y del estudio. Cuando fué ejecutado estaba para con-

cluir sus cursos profesionales que había hecho como dijimos, con todo lucimiento, sin dejar por eso de dedicarse en sus ratos de ocio al cultivo de las bellas letras, dando á luz producciones que revelaban su natural sensible, soñador y ávido de gloria.

Para que se pueda apreciar hasta donde fueron crueles con él sus verdugos, transcribimos aquí el párrafo siguiente tomado de un notable escrito sobre los Mártires, que en gran parte nos ha servido para este artículo biográfico. (1) Dice así: "Todas sus ilusiones juveniles, todas sus esperanzas se extinguieron cuando le anunciaron que lo llevaban á la muerte. Ese joven, ese niño, pidió que le permitieran despedirse de su hermano; los verdugos le dijeron que no había tiempo. Pidió un confesor; los verdugos le dijeron que no había tiempo. Entonces el poeta regaló su reloj al oficial que mandaba la ejecución, distribuyó sus vestidos y el dinero que tenía en los bolsillos entre los soldados; abrazó á su compañero Sánchez y resignado y tranquilo, se arrojó á recibir la muerte. El oficial dió con acento ahogado la voz de *fuego* y los soldados no obedecieron; la repitió dos ó tres veces y al fin solo dos balas atravesaron el cuerpo del joven; solo dos hombres dispararon sus armas. Los soldados lloraban, Díaz Covarrubias agonizante fué arrojado sobre un montón de cádáveres; algunas horas después aún respiraba. Entonces lo acabaron de matar destrozándole el cráneo con las culatas de los fusiles!"

El estudiante Sánchez murió con estoica serenidad. Al ser abrazado por Díaz Covarrubias, exclamó:

—¡Adios, hermano mio! La suerte nos hizo amigos y compañeros en vida, y nos hace compañeros inseparables en el trance terrible de la eternidad. . . . . ¡Adios, hermano! . . . .

## V

Otro poeta, otro soñador, otro hombre de corazón cayó también ese día de luctuoso recuerdo, atravesado por las balas de sus verdugos; nos referimos al joven abogado *Manuel Mateos*.

Era éste un hombre instruido, valeroso é inteligente, en plena juventud, pues apenas contaba veinticuatro años y hacía uno que había concluido sus estudios de derecho y recibido el título correspondiente. Tres años antes se había alistado como voluntario para hacer la campaña de Puebla, y estuvo en la batalla de Ocotlán donde se portó brillantemente.

Cuéntase de él, que en el fragor de la batalla citada descubrió junto á sí á unos oficia-

les reaccionarios que estaban perdidos; se acerca Mateos á ellos, les estrecha la mano, les proporciona el uniforme de los rifleros liberales, cede á uno de ellos el caballo que montaba y así logró salvar á todos, trayéndolos hasta México y ocultándolos mientras podían obtener el indulto; uno de esos oficiales era ayudante del corifeo entonces de la reacción, D. Antonio de Haro y Tamariz.

Por las ideas liberales de Mateos y su decisión por la causa constitucionalista, había sufrido una larguísima prisión, de la cual había salido pocos días antes del de su suplicio, yendo luego á incorporarse al ejército federal.

Cayó prisionero después de la batalla é inútil nos parece agregar que tarde se les hacía á sus asesinos, para conducirlos al calalzo. Llegó á él Mateos impávido y estoico; pregunta entonces quiénes han muerto antes que él. Cuando quieren fusilarlo como traidor, se irrita, forcegea para colocarse de frente y se dirige por último á sus verdugos.

—Perdono á ustedes, —le dice— porque no saben lo que hacen al asesinar á quienes luchan por darles libertad. Hago fervientes votos porque mi sangre no sea vengada; no me aterra la muerte pues he cumplido con mis deberes de mexicano, y por lo mismo acepto gustoso el sacrificio de mi vida. . . . .

Iba á continuar su arenga; pero el oficial que mandaba el cuadro tiene miedo de que siga hablando y ordena imperiosamente hacer fuego antes de tiempo. Mateos cae espirante lanzando este supremo grito:

—¡Viva la libertad!

## VI

No bastaba á los carniceros sedientos de sangre, la ya derramada de tanta víctima. Necesitaban más y buscarlas no solo en Tacubaya sino fuera de allí. A haber podido hacer de todos los liberales de la República un solo hombre, gustosos se hubieran convertido los reaccionarios en vaupiros para chupar á aquél hasta la última gota de su sangre. Por eso fueron hasta Mixcoac y allí encontraron otra víctima. El Sr. Lic. D. *Agustín Jáuregui* vivía con su familia en el pueblo ya dicho, completamente retirado de la política y si bien simpatizaba con las ideas liberales, no tenía relaciones activas ningunas con los prohombres constitucionalistas, pues se había dedicado completamente á las atenciones de su familia. A pesar de esto, le llegó á Miramón una denuncia infame, y ésta bastó para que cayera sobre la cabeza del Sr. Jáuregui, una sentencia de muerte.

El Lic. Jáuregui tuvo noticia de que lo habían denunciado; pero como estimaba con razón que no había motivos justificados ningun-

(1) Del distinguido liberal y escritor D. Francisco Zarco.

nos para que lo perseguiesen los reaccionarios, no temió al principio por su seguridad. Su familia, sin embargo, llena de confianza natural, le instó para que huera. Cuando el Lic. Jáuregui se decidió á hacerlo, ya era tarde. Penetran unos soldados á su habitación, se apodran de él, lo amarran y así es conducido hasta Tacubaya.

Con el Lic. Jáuregui no se tuvo ni siquiera la pobre apariencia de justificación de preguntarle su nombre, sino que sin saber nadie por qué se le fusilaba, cuál era su delito, ni cómo se llamaba, se le llevó al matadero; se le colocó como á los demás en posición de *traidor* y á los pocos momentos cayó atravesado por las balas. Una de las hijas del mártir, la Srta. Natalia, escribió muy extensamente y caldeando indignación los detalles horrorosos de la muerte del autor de sus días. Por esas líneas puede verse hasta donde llegaron los verdugos.

## VII

Los lectores de este artículo creerán que ya era bastante el número de asesinatos para saciar la sed de sangre de los conservadores, y sin embargo aun nos falta decir algo de muchas otras víctimas.

Dos jovencitos, casi dos niños, uno de diecisiete años y otro de quince, llegaron á Tacubaya de paso, en los momentos de la hecatomba. Salieron imprudentemente á la calle llevados de una curiosidad natural en su edad, y creyéndolos *puros* los llevaron inmediatamente al matadero. La escena de la ejecución fué verdaderamente desgarradora. Los niños gritaban, protestaban de su inocencia, suplicaban y daban desoladoras voces llamando en su auxilio á su ausente é infortunada madre. Nada bastó á aplacar la brutalidad de los asesinos, y cayeron esas inocentes criaturas, entre desgarradores gritos de desesperación, matados como bestias feroces.

Eran esos niños hijos de un americano de apellido Smith y de una señora mexicana.

Mientras esto acontecía caía muerto á lanzadas cerca del lugar de la ejecución de los jóvenes *Smith*, un niño de diez años, por el tremendo delito de llevar una blusa roja!

¡Con razón hasta la pluma se resiste trazar tanta infamia!.....

## VIII

¡Y aún no era bastante la sangre derramada! En confusa mezcla, prisioneros, curiosos, labradores, artesanos, militares, en pelotón ó solos, en medio de gritos de angustia, de ayes de dolor, pidiendo un sacerdote ó bien vitoreando á la libertad, cayeron bajo las balas de los infames secuaces de Miramón y Márquez, hasta cincuenta y tres individuos, entre ellos

algunos extranjeros como los Sres. *Kisser* y *Dervis*. Así murieron, entre muchas víctimas ignoradas y de las cuales no se ha podido averiguar el nombre, los Sres. siguientes: *D. Domingo* y *D. José María López*, *D. Fermín Tellechea*, *D. Pedro Lozano Vargas*, *D. Mariano Chávez*, *D. Andrés Becerril*, *D. Gregorio Esquivel* y *D. Teófilo Ramírez*.

Una víctima, una sola de ese día, pudo escapar, debido á un inconcebible rasgo de audacia; ésta fué el coronel liberal *Bello*. Ya arrodillado y teniendo apuntados los cañones de los fusiles, tuvo una inspiración súbita y feliz. En momentos tan angustiosos en efecto, alzó las manos haciendo señas á sus verdugos, y exclamó con voz entera:

—No tiren todavía, que tengo que hacer una importante revelación al General en Jefe.

Los verdugos, cosa rara, y en la creencia quizá de que esa revelación importaría un nuevo triunfo al partido reaccionario, suspendieron la ejecución un momento. *Bello* entonces sin pérdida de tiempo, se mete entre los soldados; derriba á dos de ellos de dos soberbios bofetones; salta una tapia, se arroja á una barranca con riesgo de matarse ó lastimarse cuando menos, y desaparece entre una lluvia de balas, que le dirigieron furiosos sus burlados asesinos. Así fué como escapó la única víctima en tan aciago día.

## IX

Los cincuenta y tres cadáveres de los asesinados quedaron insepultos y amontonados unos sobre otros, enteramente desnudos además, pues la soldadesca reaccionaria los había despojado de cuanto tenían. Cuando las madres, las esposas, los hijos ó los hermanos de los muertos acudieron al lugar del acontecimiento y rec amaron á sus deudos para darles sepultura, hasta ese último y tristísimo consuelo les fué negado.

Dos días después, el 13, los cadáveres fueron colocados en unos carretones donde iban colgando las cabezas y dando un horroroso espectáculo, hasta que fueron arrojados á cierta distancia de la población, cerca del que hoy es San Pedro de los Pinos, en una barranca, donde quedaron por mucho tiempo insepultos. Al ser conducidos así, ocurrió todavía un incidente que revela la crueldad de aquellos infames. En el camino se cayó uno de los cadáveres del carretón, y al romperse el cráneo sobre las piedras, abrió la boca. Un oficial creyéndolo vivo aún, le disparó su pistola. Mientras tanto en México tenía verificativo otro espectáculo repugnante por su bajeza. Si bien la mayoría inmensa de los habitantes de la ciudad estaban consternados, y en muchos apenas podía contenerse la indignación, el